

Los Libros

DE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, por *Enrique Molina*.
Ediciones de «Atenea».—Chile, 1937.

La estada en Chile de Ortega y Gasset coincidió con un fuerte temblor que hizo decir al filósofo español que las tierras de América eran tan poco firmes como estériles en el cultivo del pensamiento filosófico. Al ser efectivas las palabras de Ortega, la filosofía en este lado del mundo apenas si había tenido cultores. Traemos a colocación esta anécdota a propósito de la aparición de este último libro de don Enrique Molina que viene a desmentir rotundamente las declaraciones de desprecio para lo americano del conocido profesor español. El solo nombre del señor Molina es, por lo demás, una demostración de que la filosofía no es extraña a los estudiosos de Hispano América; su nombre es suficientemente conocido por sus numerosos e interesantes estudios de índole filosófica; sus obras le acreditan como uno de nuestros más eminentes pensadores. Y si a su labor exclusivamente intelectual, agregamos sus actividades como creador impulsador de la Universidad de Concepción, tenemos en él a uno de los personajes que con mejores títulos podemos enviar como uno de nuestros más genuinos embajadores de la inteligencia ante los espíritus egregios del viejo mundo. Y esta doble labor de don Enrique Molina es tanto más encomiable, cuando Hispano América, si no estéril

para el cultivo filosófico, es, al menos, campo poco propicio para todo lo que sea desinteresada elevación espiritual.

Enfoca don Enrique Molina en éste su último libro un problema filosófico de singular transcendencia humana al desenrañar y evidenciar el contenido espiritual de la vida. Su preocupación cardinal es buscarle sentido a la existencia. De las páginas de su libro, ese sentido va fluyendo sutilmente; pero él no pretende darnos la orientación categórica que encierre en fórmula rígida el contenido vital de su filosofía. Aspira el señor Molina a que su libro sea un «compañero de viaje—un buen camarada—para los que deseen buscar en sus propias vidas un sentido trascendente». La vida tiene demasiado matices y facetas para encasillarla en un sistema filosófico que abarque todas sus infinitas perspectivas. Más que un sistema, propugna una actitud filosófica frente a la vida. Esta actitud debe estar presidida por el espíritu, que desciende a veces a lo inmediato y concreto materializándose, elevándose, en otras ocasiones, a lo intangible e inmaterial divinizándose. De la confluencia de estos dos aspectos de la vida—anverso y reverso de una misma medalla—surge su verdadero sentido humano. Dominio de lo espiritual orientado éticamente. Tal sería el contenido medular que hemos desprendido de la lectura de este libro.

Eruditamente don Enrique Molina expone, analiza y critica las diversas tendencias filosóficas que han ido marcando surcos en el devenir de la humanidad. Ninguna doctrina fundamental ni sus respectivos propugnadores escapan al fino escalpelo de sus observación crítica. La idea de progreso, por ejemplo, le da motivo para exponerla y analizarla a través de todo su desarrollo histórico, desde los griegos hasta hoy día. Al referirse al materialismo histórico, refuta la difundida tesis de que los fenómenos económicos condicionan la vida humana. Dentro de su criterio de preeminencia de los valores del espíritu sobre los de la materia, la rechaza, y sólo acepta que la vida económica es un mero factor en el desarrollo de la civilización.

No podemos negar que nos resulta muchas veces difícil, casi imposible, seguir al señor Molina en los problemas filosóficos que ahonda, pues para ello carecemos de la disciplina debida. No obstante, leemos su libro con mantenido interés, porque el señor Molina al acotar las doctrinas y sistemas filosóficos, los condimenta con observaciones que dicen relación con la realidad actual e inmediata en que vivimos. Sabe el señor Molina dar vigencia a filosofías que expuestas escuetamente parecerían caducas por su inactualidad. El profesor se torna filósofo, y éste, al descender a la realidad objetiva, se vuelve apóstol. Así su libro interesa por la exposición de las doctrinas que hacen por el análisis y crítica de las mismas y por las sugerencias que de ellas deduce. De ahí resulta que es algo más que un camarada. Es el pastor que con su experiencia, conocimiento y valor moral, porque para el señor Molina lo ético es primordial, señala rumbos, marca derroteros, insinúa perspectivas.

La exaltación espiritual va estremeciendo las páginas de este libro sin que ninguna de las fuerzas del alma sean excluidas; la religiosidad, el heroísmo, la moral, la serenidad, la cultura son soportes en que ha de edificarse armoniosamente la personalidad humana. Por eso creemos que esta frase del señor Molina precisa el contenido de su libro: «Heraldo de lo espiritual que puede ser oído aun por los escépticos». Y a un exaltador de lo espiritual no cabe actitud fanática, intransigente, unilateral. De ahí su tolerancia frente a los problemas metafísicos y religiosos. No así cuando se refiere a algunos problemas políticos de actualidad. Creemos que entonces su actitud es poco filosófica, y casi beligerante cuando se refiere al materialismo histórico y sobre todo al comunismo soviético. (recuérdese su libro sobre la Revolución rusa). Le niega a este último casi todo contenido y elevación espiritual. Sin comulgar con esta doctrina, creemos que ella insufló a la fatalista alma rusa, tal vigor espiritual, que determinó un brusco torcimiento del

curso de su destino, comparable sólo al cristianismo y superior a la Revolución francesa.

La actitud de don Enrique Molina frente a la vida es de absoluta serenidad; la sofrosine de los griegos ha penetrado en su espíritu identificándose con su propia vida. Actitud apolínea la suya, que rechaza el sentido trágico, donisíaco de la existencia. De ahí que Nietzsche le merezca una cálida refutación, y en el otro extremo, idéntica actitud al refutar las doctrinas de Rousseau.

Acaso se pensara por las numerosas citas de filósofos que hace el señor Molina que su libro careciere de originalidad. Más el contenido esencial que se desprende de sus páginas como efluvio inasible, es de su concepción exclusiva.

Escrito con sobrio y a veces elegante lenguaje filosófico, este libro de don Enrique Molina es la más auténtica expresión de su espíritu, porque en él encontramos todas sus búsquedas y experiencias a través de los libros y la vida.—MILTON ROSSEL.



PAPINI Y SU NUEVA OBRA: «La Historia de la Literatura Italiana», por *Arturo Farinelli*.

Cada obra de Papini es siempre una fuente de gozos por la vivacidad y la agudeza del espíritu originalísimo que en ellas se manifiesta, y al mismo tiempo motivo de irritación por las rarezas y audacias reunidas en los libros para sorprendernos, para lanzar a la guerra a los sabios y a los pedantes. Ataca lo común, lo tradicional y cuanto sabe que es uso, moda o convención. Ahora, aguerrido de lecturas, publica en los caracteres fuertes de su editor florentino el primer volumen de una «Historia de la Literatura Italiana» que arroja al público con su acostumbrada violencia, y debería aturdirlo, por lo audaz que se revela para amaestrar, transformar, enriquecer